

la Ciencia Simbólica es uno de los instrumentos esenciales de la estética literaria” (páginas 261-262).

Vienen a continuación los siguientes apéndices: A) Sobre la gramática; B) Sobre los contextos; C) La teoría de los signos de Enesidemo; D) Algunos modernos; E) Sobre los hechos negativos.

El libro finaliza con la inserción de los Suplementos ya mencionados —el de Malinowski y el de Crooshank—, los que constituyen unos complementos verdaderamente necesarios a la obra de Ogden y Richards, ya que contribuyen mediante el rigor científico de su exposición a que el libro sea un conjunto perfectamente armónico.

Se trata de una obra expositiva, ambiciosa en su vasto plan consistente en un despliegue de temas que tienden a mostrar la conexión estrecha de disciplinas diversas en lo relativo al estudio del lenguaje.

A ratos su lectura se hace poco expedita, debido quizás a deficiencias en la traducción, la que adolece de una penumbra poco grata.—*Eduardo Abud G.*

“LA ESCUELA LINGÜÍSTICA ESPAÑOLA Y SU CONCEPCIÓN DEL LENGUAJE”, de *Diego Catalán Menéndez-Pidal*. Madrid, 1955. Edit. Gredos. Biblioteca Románica Hispánica, dirigida por D. Alonso II. Estudios y Ensayos, N.º 22. 169 páginas

El autor nos puntualiza la motivación de este estudio: “La búsqueda de un sistema unitario y coherente que pueda satisfacer a nuestro pensamiento (lingüístico) me ha llevado a estructurar a mi manera este librito, en que trato de presentar la concepción lingüística de la escuela española, de Ramón Menéndez-Pidal y Amado Alonso sobre todo, desperdigada en sus múltiples obras” (página 9).

E insiste luego sobre la finalidad de su libro: “Pero, aunque pensando en el lector hispano-parlante, este libro no pretende ser un *Estudio de la concepción lingüística de la escuela española*, sino una *Introducción a la lingüística general, con base en el español*, cimentada sobre una concepción básica del lenguaje...” (página 10).

Además del *Propósito* —de donde hemos tomado los párrafos anteriores— completan este estudio nueve capítulos de valor desigual. Los tres primeros —I. *La herencia lingüística: El sistema convencional de signos*; II. *Normas varias en pugna: La lengua como energía viva*; III. *La voluntad expresiva. Razón del cambio lingüístico*— no presentan novedades teóricas ni metodológicas. Incluso se los siente apresurados y un tanto elementales. A través de ellos se sintetizan los conceptos creados por F. de Saussure de *lengua, sincronía-diacronía* y la concepción que ese lingüista tenía del *cambio lingüístico*. La bibliografía manejada es mínima: Saussure, Vendryes, Wartburg (*Problemas y métodos...*) y algunos otros.

Los capítulos IV, V, VI y VII son los más valiosos del libro. Es natural que así sea: en ellos se exponen, principalmente, las conclusiones teóricas obtenidas por las investigaciones lingüísticas y filológicas de R. Menéndez-Pidal. En estos capítulos y en menor grado en los otros dos restantes, se cumplen las intenciones de Diego Catalán: sistematiza y ejemplifica concepciones originales, o modificadas sobre ideas de otros autores, creadas por un investigador español. Estas aportaciones originales de R. Menéndez-Pidal quedan circunscritas, en su mayor parte, a la gramática histórica o lingüística diacrónica.

En el capítulo IV —*Individuo y colectividad en la creación lingüística*— se expone la semejanza existente entre la *poesía tradicional* y la creación lingüística en general. La abundancia de variantes y antecedentes que se poseen de la poesía tradicional española y la igualdad de impulsos y contraimpulsos a que está sometida la lengua, sirven para esclarecer y ejemplificar la anónima y mostrenca creación lingüística, casi siempre documentada sólo al final de un largo proceso no fijado en su desarrollo.

El V —*Extrema lentitud del cambio*— contiene una parte impugnadora y otra positiva. Primero se rechaza la idea —tan ingenua— de la escuela francesa (Meillet, Vendryes), según la cual el cambio necesita sólo el intervalo de una generación para producirse.

Se demuestra luego la falsedad de las teorías de las tres generaciones creadas por Gauchat. Ya en 1929, E. Hermann, demostró lo equivocado que estaba Gauchat. La conclusión de la exposición detallada que se hace sobre los cambios lingüísticos, es la siguiente: “El cambio lingüístico es una guerra que dura varias generaciones y en que el triunfo, si llega alguna vez a ser completo, sólo se consigue después de una serie de incidencias, de una alternancia de victorias y derrotas parciales” (página 72).

En el VI —*Fuerzas impulsadoras de la norma neológica y fuerzas conservadoras de la norma arcaizante*—, otra vez con ayuda de la poesía tradicional, se logran deslindar algunas de las constantes que trabajan en uno u otro sentido.

El VII —*Estado latente y sustrato*— es quizá el capítulo más interesante de este breve estudio. El *estado latente* son las características que la lengua tuvo realmente— en su uso diario por todas las gentes de la comunidad— antes de aparecer documentada en base de otros ideales. El sustrato, por eso, tiene influencias que no son notadas hasta mucho después de su vigencia efectiva como lengua en competencia.

Los capítulos VIII y IX —*La diferenciación espacial; formación de unidades lingüísticas: El fraccionamiento localista de la lengua nacional*— tratan de problemas lingüísticos-geográficos con ejemplificación detallada en base de los dialectos españoles de Galicia, León y Asturias.

Este estudio no es una Introducción a la Lingüística General ni una exposición de teorías creadas por una escuela lingüística. No es lo primero, porque faltan muchos problemas y temas que no podrían faltar en un intento semejante. Con sólo recordar los nombres de los capítulos que se han citado esta afirmación se hace evidente.

Tampoco puede ser este estudio una exposición de teorías de una escuela que no existe. Con todo el respeto que merece la extraordinaria labor de Menéndez Pidal y la de A. Alonso —gran observador de teorías nuevas— no podemos desconocer que la gran mayoría de los trabajos de ambos, están dedicados a investigaciones concretas

obedecen, principalmente, a la necesidad de conocer y no de entender. Nunca, por ejemplo, Menéndez Pidal ha planteado el problema de la *naturaleza del lenguaje*. Y es lógico que así sea: para las necesidades prácticas de sus trabajos no era imprescindible hacerlo. Amado Alonso aunque de espíritu más teórico, ha trabajado siguiendo en general las directivas fijadas por otros lingüistas.

Los capítulos IV, V, VI y VII que son los más originales del libro, basan su originalidad en el estar contruídos como sistematizaciones de los hallazgos teóricos hechos por M. Pidal en la medida en que fué desarrollando sus trabajos sobre problemas concretos.

Todavía haremos notar otros dos aspectos:

Para el autor de este estudio parece que la Glosemática no existiera. Ni en los capítulos iniciales —donde era casi forzoso referirse a ella— ni posteriormente, hay referencias o alusiones a ello.

Y otro detalle no muy importante, pero importante para explicarse muchos de los defectos —y virtudes— de este libro: en todo él hay una especie de exaltación y propaganda de las investigaciones realizadas por los sabios españoles, exaltación y propaganda que a veces es inesperada o innecesaria. En la página 42 escribe: “Aquella tajante división, que tanto *Unamuno* como *Saussure* establecen...” Véase también la larga nota puesta al pie de la página 82 destinada a probar la excelencia de algunos hallazgos de M. Pidal porque son citados íntegramente por Iorgu Iordan. Y otro ejemplo: “El estudio de *Orígenes sobre ei-e*, cuyo pensamiento hemos glosado aquí... fué tomado como texto modelo por *L. Spitzer* en su *Meisterwerkke der romanischen Sprachwissenschaft*, München, 1929...”, página 87, nota 1; y hay otros ejemplos.—*Guillermo Araya*.



“UN PUEBLO EN LA CRUZ”, por *Alberto Ostría Gutiérrez*

Acaba de aparecer *Un pueblo en la cruz*, (Editorial del Pacífico, Santiago, 1956), del distinguido escritor y ex diplomático boliviano